10887

EL TEATRO MODERNO

50 CTS

A. VIDAL Y PLANAS

# LA TRAGEDIA DEL LOCO QUE QUISO SER BUENO

Gago XXXI

LA TRAGEDIA DEL LOCO QUE QUISO SER BUENO

EL TEATRO
MODERNO
Director: LUIS URIARTE

Alfonso Vidal
y Planas

# La tragedia del loco que quiso ser bueno

DRAMA EN TRES EPISODIOS

PRENSA MODERNA
MADRID

AÑO VII 21 - XI - 1931 NÚM. 322

PRENSA MODERNA
IMPRENTA
MENORCA, 20 MADRID

# EPISODIO PRIMERO

Lugar: Este episodio se desarrolla en el gabinete de trabajo de Julio del Campo. Vea, señor, este gabinete. Está amueblado con mucho gusto y con bastante lujo: no falta en él nada indispensable y parece que sobra todo. A un lado hay una puerta que abre comunicación con el dormitorio del gran escritor; al otro lado hay un balcón, cerrado ahora. En el fondo, una gran puerta.

## I

*(La doncella entra en el gabinete por la puerta del fondo. ¡Guapa moza de dieciocho años, muy sanos y frescos! Lleva una carta para Julio del Campo, en una bandejita de plata; atraviesa la sala con gracioso paso menudo y se detiene frente a la puerta de la derecha. La golpea con los nudillos.)*

DONC. ¡Señorito!... *(Vuelve a golpear la puerta del dormitorio.)* ¡Señorito!... ¿Duerme usted, señorito?...

JULIO *(Desde el dormitorio.)* No; no duermo. Me estoy vistiendo. ¿Qué quieres?

DONC. Pero, ¡por Dios!, señorito; ¿por qué se viste usted ahora, que está a punto de llegar el médico? Yo misma le di aviso...

JULIO Y ¿qué diablos tiene que ver que yo me levante con que el médico esté a punto de llegar?

DONC. ¡Claro que tiene que ver!... Dos veces me ha visitado a mí el médico y las dos veces le he recibido en la cama...

JULIO *(Con gritos de mal humor.)* ¡Me dejarás en

678114

paz, impertinente mujer!... ¿Me dirás, al fin, qué es lo que quieres?...

DONC. *(Humildosa.)* Perdóneme, señorito. Le traigo una carta.

JULIO *(Abre un poco la puerta y saca un brazo.)* Dámela... *(La doncella le entrega la carta.)*

DONC. *(Transcurrido breve instante.)* ¿Me desea para algo el señorito?

JULIO No... *(La doncella intenta retirarse.)* Oye: ¿qué tal día hace? ¿Hay sol?...

DONC. *(Va hacia el balcón y lo abre.)* ¡Oh, señorito! ¡Hermoso día! Hace sol de primavera... ¿Quiere usted que coloque una butaca aquí, cerca del balcón? *(Corre a otro lado, coge una butaca y la lleva alegremente.)* ¡Sí! Voy a ponerle una butaca aquí, cerquita del balcón, para que usted se siente y el sol le haga caricias. *(Mira a la calle, desde la que llegan al gabinete bocinazos de automóviles y tintineos de tranvías.)* ¡Verá usted qué alegre está la calle!... *(Ahora soliloquea.)* ¡Oh si yo fuera rica!... Me pasaría las horas sentadita en una butaca, junto al balcón, mirando a la calle y viendo la gente que pasa... ¡Qué gusto! Yo arriba, muy arriba, y la gente abajo, muy abajo...

JULIO Oye...

DONC. *(Corre hacia la derecha.)* Mándeme, señorito...

## II

*(Se abre la puerta de la derecha y sale Julio del Campo, cadavérica la faz, tambaleándose como un beodo.)*

JULIO Acompáñame.

DONC. *(Sujeta a Julio de un brazo y le mira melancólica y dulcemente a los ojos, con fijeza.)* Está usted muy pálido, señorito... *(Julio tiembla.)* Tiembla usted; le hacen ruido los dientes. ¿Siente usted mucho frío? *(Con voz mimosa y*

*sin dejar de mirarle a los ojos.)* ¿Por qué no se cura usted, señorito.?

JULIO *(Se esfuerza por sonreír.)* ¿Tú quieres que yo me cure?

DONC. ¡Ya lo creo que quiero que usted se cure!... Usted es muy bueno, y los que son muy buenos no deberían estar enfermos jamás. *(Llegan cerca del balcón; la dondella ayuda a Julio a acomodarse en la butaca y le abriga con una manta los hombros y las piernas con fraternal solicitud.)*

JULIO *(Mira a la doncella con alelada y triste sonrisa de enfermo.)* ¿Tú crees que yo soy bueno?...

DONC. Muy bueno. Sus amigos son los malos, porque le hacen beber vinos y licores que el propio Satanás hizo para que los hombres se emborrachen... Me decía mi madre, cuando yo era una mocica así de pequeña, que cada borracho lleva dentro un demonio, que es el que hace las eses y las piruetas...

JULIO *(Ríe con lastimera risita.)* ¡Ji, ji, ji!... ¡Un demonio, que es el que hace las eses y las piruetas!... ¡Ji, ji, ji! Y todo lo demás ¿quién lo hace? Ese demonio... ¡Ji, ji, ji!

DONC. ¿Se ríe usted de mí, señorito?

JULIO De mí; me río de mí... Oye: ¿verdad que es un demonio muy malo el que llevo dentro cuando estoy borracho?

DONC. Muy malo, señorito, muy malo. Ayer mismo, cuando sus amigotes le trajeron de madrugada, llegó usted en un estado espantoso. Mire usted si será malo *su* demonio, que se entercó en que había de entrar en mi alcoba, y usted mismo o él me llamaban con unas voces que más parecían aullidos de lobo... Yo tuve mucho miedo y cerré la puerta... ¡Oh! ¡No beba usted esos licores que hace el propio Satanás para que los hombres se emborrachen y le hagan reventar de risa!

JULIO ¡Ji, ji, ji!... Un demonio... *(Infantil.)* ¡Ya no beberé más. *(Intenta acariciar a la doncella, y ésta se va retirando poco a poco hacia la puerta del fondo, mirando con melancolía y fijeza a Ju-*

*lio del Campo, que ríe y ríe con risa muy triste.)*

DONC. *(Desde la puerta.)* ¿Me manda usted algo, señorito?

JULIO *(Con voz muy infantil, en soliloquio lacrimoso.)* Ya no me emborracharé más... Yo no quiero llevar dentro de mí un demonio malo que haga eses y piruetas... ¡Quiero ser bueno!... *(Ha de decir esto casi sin decirlo, así como si lo pensase en alta voz en uno de esos minutos de puerilidad que viven con frecuencia las almas nobles. Se va la doncella. Julio reclina contra el pecho la cabeza, como vencido o abrumado por una honda melancolía; tápase la cara con las manos y llora después como un chiquillo o como un enfermo.)*

## III (1)

JULIO *(Repuesto bruscamente.)* ¡Ah, la carta!... *(Saca la carta.)* Ya no me acordaba de la carta. *(Revisa el sobre y lo rasga.)* Es de mi hermano Julio... ¿Qué tiene que decirme mi hermano Julio?... *(Lee.)* «Querido hermano: Ha llegado a mis oídos una noticia que, de tener confirmación, comprobará la certeza del juicio que nos has merecido a mi mujer y a mí: estás loco...» *(Con despectivo enfado.)* ¡Bah! Y ¿qué me importa el juicio que yo merezca a la mujer de mi hermano y a mi hermano?... *(Sigue leyendo.)* «Nos han asegurado que abrigas el absurdo propósito de casarte con Luisa Sánchez, con la des-

(1) Verá, señor: todos somos en secreto algo niños. El autor reconoce que este parlamento es infantil, completamente infantil, y que, por lo tanto, hará reír a los señores graves, a los que por excepción nunca son niños; pero el autor reconoce también que este parlamento es honrado, honrado en veracidad, psíquica y artísticamente, y no quiere saltar por encima de tan sagrada honradez ni aun en obsequio de la habilidad teatral. Julio del Campo comunica su pensamiento, primero, y sus sentimientos después, al público, y tiene necesidad de pensar y sentir en alta voz. Ría, pues, señor.

graciada *(Recalcando el adjetivo.)* Luisa Sánchez, y que a este objeto la buscas incesantemente por el arroyo, por las cárceles y por los hospitales. Dudamos que la encuentres, porque Luisa está muy perdida...» *(Estrujando la carta con arrebato y cólera.)* ¡Muy perdida!... ¡Insensatos!... Pues qué, ¿quién más que yo la perdió, y quién más que yo está obligado a redimirla de la sordidez del burdel, si está en el burdel, o de las férreas garras del delito, si la desgracia la hizo caer, o de la avarienta bocaza de un hospital hambrón y siniestro, si la miseria del vicio puso en su carne, que yo enlodé con el fango del primer estigma social, la lepra de una enfermedad hedionda?... ¡¡Insensatos!! ¿Tendréis conciencia como yo la tengo?... Si tenéis conciencia y pensáis así, os desprecio por injustos; si pensáis así porque no tenéis conciencia, os desprecio como a seres inferiores, porque yo sí que la tengo. *(Tira la carta. Suena, interpretada al piano desde otro piso, una melodía muy delicada y sentimental. Después de una ligera meditación, con el semblante encendido por llamaradas de júbilo muy hondo:)* ¡¡Música!!... *(Prestando gran atención.)* Toca bien mi vecina... ¡¡Música!!... *(Incorpórase costosamente y pega un oído a las vidrieras, avaro de escuchar.)* Yo no sé cómo toca mi vecina... La música me hace daño... ¡Oh!... ¡¡Y ansío oírla!!... Las notas infinitamente tristes de estas armonías tan dulces y tan melancólicas se clavan en la carne delicada del corazón, igual que dentelladas de una amante pérfida, que desgarran y se ansían... *(La música suena con más honda melancolía cada vez.)* ¡¡Música!!... Es milagrosa la música, como la divinidad misma: ángeles que ríen, blancas vírgenes que rezan... *(Aniñado.)* Conmigo obra el milagro de hacerme amar la felicidad y el bien... *(Lloriqueante.)* ¡Yo quiero ser feliz! *(Llévase una mano al pecho como si contuviese el corazón que quisiese escapársele, y tambaléase borracho de melanco-*

*lía.)* ¡Quiero ser bueno para ser feliz!... *(Cae de rodillas mientras la música suena cada vez con más honda melancolía.)* Yo he sido malo, muy malo... He bebido vino y he reído a carcajadas en la vida... ¡Ya no reiré más a carcajadas!... ¡Ya no me emborracharé más!... ¡¡Buscaré a Luisa y la encontraré!!... ¡¡¡Encontraré a Luisa y pediré a Dios que santifique su enlodada carne de triste meretriz con la nupcial bendición de un sacerdote!!!... *(Levántase y enfurécese en una brusca y súbita transición.)* ¡Que no toque más mi vecina!... ¡No quiero que toque más mi vecina, porque la música me acuchilla el pecho y me desgarra el corazón!... *(Corre hacia el balcón y grita desaforado, dirigiendo sus voces al piso donde él supone que tocan el piano. La Señora y el Doctor aparecen por la puerta del fondo y contemplan a Julio, sin entrar.)* ¡Eh!... ¡Eeeeh!... ¿Querrá dejarme en paz esa maldita vecina?... *(Gritando más fuerte.)* ¡Eeeeeeh! ¡¡Cese ya de tocar!!

## IV

SEÑO. *(Desde la puerta.)* Señorito Julio...

JULIO *(No oye a la señora y sigue gritando colérico.)* ¡¡Eeeeeeeh!... ¿Querrá usted hacerme caso?... *(Cesa la música.)*

SEÑO. Señorito Julio...

JULIO *(Oye a la señora y responde colérico.)* ¿Qué?... *(Avergonzado por haber sido sorprendido; con voz humildosa y cortés.)* ¡Ah, perdone!... *(Silencio embarazoso.)*

SEÑO. *(Presentando al doctor.)* El doctor... *(Entran el Doctor y la Señora. El Doctor mira fijamente a Julio, con vivo interés. El Doctor y Julio se saludan silenciosamente, con una ligera inclinación de cabeza. Al Doctor, parlanchina.)* Aconséjele usted, doctor, que no salga de casa por las

noches. Aquí, entre nosotras, habría de pasarlas muy animadamente, porque le queremos mucho...

DOCT. *(A Julio, sin oír a la Señora.)* Siéntese usted. *(Julio se sienta.)*

SEÑO. *(Al Doctor.)* Yo por lo menos, señor doctor, le quiero como si fuera un hijo mío; mi hermana también le quiere; hasta la doncella le quiere. Y es muy natural que le queramos todas; más de dos años hace que vive Julio en esta casa... Aconséjele usted, señor doctor, que no salga por las noches...

DOCT. *(A Julio.)* Con perdón de usted... *(A la Señora.)* Creo que usted debe retirarse...

JULIO *(A la Señora, con voz de malhumorado.)* ¿Quién le ha mandado a usted entrar aquí con el doctor?... ¡Usted debe retirarse!...

SEÑO. *(Yéndose.)* Bien; bien, señorito Julio... *(Desde la puerta.)* Ya me voy; ya me voy... Había entrado para decirle al señor doctor que le aconseje a usted...

JULIO *(Interrumpiéndola a gritos, fuera de sí.)* ¡Calle usted!... ¡¡Retírese usted!! *(Se va la Señora.)*

## V

DOCT. *(A Julio, al sentarse a su lado.)* No le conviene a usted violentarse de ese modo. ¡Calma!...

JULIO *(Humildoso.)* No tengo la culpa yo, doctor... Soy así... ¿Ve usted? Ahora mismo me pesa... *(El Doctor sigue mirando a Julio a los ojos con mucha insistencia.)* La señora se porta muy bien conmigo... En los minutos angustiantes de mis horas negras, cuando el dolor me clava en el pecho sus uñas de escorpión y siento una necesidad imperiosa de llamar a gritos a mi madre muerta, me azuza el deseo de correr en busca de la señora, de arrodillarme a sus plantas y de implorarle con voz de niño: «¡¡Sea usted mi madre!! ¡¡Sea usted mi madre!!...» Y ya lo

ha observado usted: otras veces me enfurezco, grito y me pongo hecho un salvaje... ¿Por qué?... Total, por nada. Ya lo ha observado usted... Crea que yo no tengo la culpa... Soy bueno y quiero a todo el mundo...

DOCT. Sí; usted quiere a todo el mundo... menos a usted mismo.

JULIO Sin embargo, creo que me quiero... Anhelo ardientemente ser feliz...

DOCT. Puede usted ser feliz si usted se lo propone. Es usted rico y un sólido prestigio literario aureola su nombre...

JULIO Pero una tragedia íntima, muy honda, me acuchilla el corazón...

DOCT. Sí. Es la tragedia que sangra en las páginas de todos sus libros. Yo he leído algo de usted y he exclamado siempre: «¡Lástima de muchacho! ¡Con el talento que tiene!...» Pero yo le aseguro que usted puede curar y ser feliz...

JULIO ¿Cómo?

DOCT. La enfermedad que le está aniquilando es una consecuencia de otra enfermedad más cruel y temible porque es moral. Para combatir esta enfermedad no valen recetas, sino paternales consejos. Usted es un melancólico. Usted es bebedor y mujeriego, porque la crápula produce los efectos de un paliativo para el hondo dolor de la melancolía. Pero la crápula aniquila y mata.

JULIO ¿Y qué he de hacer?

DOCT. Mi obligación, como doctor, es la de recomendarle que abandone usted la crápula; particularmente, paternalmente, si usted quiere, le aconsejaré que no la abandone usted por ahora; no moriría usted alcoholizado ni consumido; pero sucumbiría usted asesinado por la melancolía. Y, francamente, el buen vino y las buenas mozas matan mejor...

JULIO Y ¿estaré yo condenado al horrible suplicio de tener que asistir como espectador a la tragedia de mi aniquilamiento? Es horroroso lo que usted me dice, doctor...

DOCT. Efectivamente: es horroroso. Pero yo le hago

estas confesiones animado por un sano deseo. Quiero que usted cure radicalmente... Veamos. ¿Por qué no busca la felicidad en la tranquilidad?

JULIO ¿Dónde está la tranquilidad?...

DOCT. En el bienestar... El bienestar es relativo; el bienestar, para un hombre como usted, que tiene cerebro y corazón, puede estar en el amor. ¿Por qué no se crea usted un hogar?

JULIO Ese es mi propósito.

DOCT. ¿Qué espera usted?

JULIO Encontrar a la mujer que busco.

DOCT. Mujeres sobran...

JULIO Pero yo me debo a una... Hasta hace unos meses mantuve relaciones con la hija de un banquero y llegué a enamorarme de ella... Una chiquilla preciosa que me amaba con locura... Y creo que aun sigue amándome... Dolores se llama... Yo... Con franqueza: yo la amo también con toda mi alma y con todos los cachos de mi carne... Pero desistí de contraer matrimonio cuando la boda estaba anunciada, y desistí porque me debo a otra mujer...

DOCT. ¿Más rica acaso? ¿Tal vez más guapa?

JULIO No, doctor. Esa otra mujer a la que yo me debo es... una desgraciada: una pobre meretriz del arroyo...

DOCT. *(Asombrado.)* ¡Oh! ¡Me dice usted un disparate!

JULIO *(Algo enfadado.)* No, señor. Yo tengo la culpa de que esa mujer...

DOCT. *(Interrumpiéndole.)* ¡Una meretriz!...

JULIO *(Con gritos estentóreos de enfado.)* ¡Una meretriz, sí; una meretriz!... ¿Y qué, doctor?... Yo la enfangué en el pecado, yo solo tuve la culpa...

DOCT. Pero...

JULIO *(En el mismo tono.)* ¿Qué?

DOCT. Creo difícil que usted cure. Su enfermedad es horrible. Tiene usted demasiado corazón... Y no le cabe, no le cabe: le rompe el pecho...

JULIO *(En el paroxismo del furor.)* ¡Me arrancaré el corazón de cuajo!...

DOCT. ¡Calma, calma! *(Se levanta.)*

JULIO *(Colérico.)* Usted tiene la culpa de que yo me violente de este modo... Sí... Yo no le he llamado para pedirle consejos... Yo le he llamado para decirle que ayer sufrí un ataque; para que usted me reconozca, para...

DOCT. Sí, sí; usted tiene razón. Voy a diagnosticar: está usted medio alcoholizado y debe usted cuidarse. Abandone la crápula paulatinamente, procure no salir por las noches y, sobre todo, cuide usted que no le repita el ataque, porque podría entrañar consecuencias funestas... Bueno; adiós. *(Le alarga una mano.)*

JULIO *(En humildoso tono de disculpa.)* Perdone usted, doctor... ¿Se va usted?

DOCT. Sí... *(Se dirige hacia la puerta.)*

JULIO *(Tratando de incorporarse.)* Espere; voy a acompañarle.

DOCT. *(Imperativo.)* Quieto. No se mueva usted. No le conviene fatigarse. Pero sanará usted si toma esta medicina que voy a recetarle: tranquilidad, tranquilidad física y espiritual.

JULIO *(Se incorpora y hace sonar un timbre que habrá sobre el velador.)* Llamaré a la doncella; la doncella le acompañará a usted... *(Después de hacer sonar el timbre coge un libro y vuelve a dejarse caer en la butaca.)*

DOCT. *(Desde la puerta.)* ¿Va usted a leer?

JULIO Sí.

DONC. *(Desde la puerta del fondo.)* ¿Llamaba usted, señorito?

JULIO Sí; acompaña al doctor.

DOCT. *(Saluda con una ligera inclinación de cabeza.)* Tenga usted en cuenta que una emoción brusca podría costarle la vida. Tranquilidad, mucha tranquilidad. Adiós. *(Se va.)*

JULIO Perdón, perdón...

## VI

*(Julio se queda un momento pensativo y triste, como abrumado por un pesar tremendo y muy hondo; se abandona con languidez en la butaca y abre después el libro con intención de leer. Sube de la calle un lúgubre rumoreo de rezos cantados. Julio se incorpora costosamente y mira por el balcón.)*

JULIO Un entierro. La muerte pasa... *(Vuelve a dejarse caer en la butaca, y mientras el rumoreo de rezos fúnebres se acentúa más y más, él lee los siguientes versos del libro:)*

Mi pecho es una fosa sepulcral:
yace dentro mi pobre corazón
abierto por la daga criminal
de la consternación...
Hendiendo el vientre de los nubarrones,
que cuelgan en el cielo de mis días
—cual bandada de negras maldiciones
en un pesado vuelo—,
los fatídicos cuervos oraciones
graznan con embrujadas melodías,
por que cese mi duelo...

*(El rumoreo va siendo más fuerte cada vez.)*

Mi duelo es este amor que no he vivido
ni viviré jamás;
un Etna roto en furias, que ha encendido
en mi alma el terrible Satanás...
Mi duelo es este amor, que tanto siento,
ahondante como espada de María,
amor que me encadena a este tormento
de mi melancolía...
Y esta es la plegaria que con sus graznidos
los cuervos entonan. Oídla. (Gra, gra...
¡Señor, Padre bueno de los afligidos,
su consternación, ¿cuándo cesará?»

*(El rumoreo de rezos fúnebres se extingue lejanamente, poco a poco.)*

Yo digo a los cuervos: «Cuervos bondadosos,
que por mí rezáis con lúgubre son:
bajad presurosos
a hundir vuestros picos en mi corazón;
devorad la podre de su carne muerta,
y, cuando esta fosa (1) se quede desierta,
¡¡¡entonad el himno de mi redención!!!...

*(Cierra el libro. Con muy honda amargura.)*

¡Corazón!... ¡¡Grillete!! ¡¡Lastre!! ¡¡Cuánto me pesas, corazón!!!... ¿Cuándo hincarán sus picos redentores en tu carne los cuervos fatídicos? *(Arroja el libro al suelo, se incorpora de la butaca costosamente y se dirige con inseguros pasos hacia la puerta de la derecha.)*

## VII

DONC. *(Desde la puerta.)* Señorito, señorito...

JULIO *(Desde la puerta de la derecha, apoyado contra la pared, visiblemente fatigado.)* ¿Qué quieres?

DONC. Su amigo Carlos acaba de llegar. ¿Le digo que pase?

JULIO No; quiero acostarme.

CARL. *(Desde fuera.)* Tengo entrada libre. *(Empujando jovial a la doncella.)* ¡Paso, joven! *(Entra.)* ¡Chico, chico!... Tú no sabes... *(Fijándose en Julio.)* Pero oye, ¿es verdad que estás enfermo?

JULIO *(Secamente.)* Sí...

CARL. ¡Dios santo! ¡Qué cara!... ¡Pareces un desenterrado!...

JULIO Bueno. ¿Qué quieres?

CARL. Hombre, vengo a hacerte una visita...

---

(1) Agarrándose con furia el pecho.

JULIO Perdóname, Carlos; me encuentro mal. Quiero acostarme...

CARL. ¡Bah! ¡Bah! ¡Bah! Escrúpulos, chico, escrúpulos. Esta noche te pondrás bueno. Te tengo preparada una juerguecita... Conocerás un par de mujeres que asustan de puro guapas. Dos: una para mí; se llama Lulú y es bella como el sol; otra para ti: se llama Leonor, y es... más bella que el sol.

JULIO *(Con voz de cansancio.)* Bueno...

CARL. Dime: ¿a qué hora quieres que venga a buscarte?

JULIO A ninguna hora; esta noche no saldré.

DONC. Y hará usted muy bien, señorito Julio...

CARL. *(A la doncella.)* ¿Quién te manda a ti meterte en camisa de once varas? ¿Te importará mucho que salga o no salga tu señorito? *(A Julio.)* ¡Ah! Se me había olvidado. Te traigo una noticia que te interesa...

JULIO Di...

CARL. A Luisa se refiere...

JULIO *(Con vivo interés.)* ¿A Luisa?... ¿Y qué tienes tú que decirme de Luisa? *(Exaltándose.)* ¿Eh?... ¿Dónde está Luisa?

CARL. No te exaltes, hombre, no te exaltes. *(Misteriosamente.)* Esa mujer no merece que tú te exaltes. Hace unas noches la vió un amigo mío por la calle de Preciados, sola, llamando a los transeúntes...

JULIO *(Con gritos de júbilo.)* ¡Oh! ¡Luisa está en Madrid! ¡¡Luisa andaba hace unas noches por la calle de Preciados!! *(A la doncella, imperioso y palmoteando.)* Tú, dame el gabán, y el sombrero, y el bastón. En seguida... *(A Carlos.)* ¡Que venga un coche! ¡Encárgate tú, Carlos, de que venga un coche!... ¡¡Pronto!!... *(La doncella y Carlos no se mueven.)* ¿Qué hacéis parados? ¡¡Ea!!

DONC. ¿Pero piensa usted salir ahora, señorito?

JULIO ¡¡Pronto!! ¡¡¡Vamos!!!

CARL. Es inútil que salgas ahora: no la encontrarás...

Te digo que fué por la noche cuando la vió mi amigo...

JULIO *(Muy decidido.)* Entraré en todas las casas; preguntaré en todos los sitios... Tú me ayudarás a buscarla...

CARL. Convéncete: no la encontraremos ahora. Esta noche nos será más fácil.

JULIO ¿Tú crees?...

CARL. Yo creo que esta noche podremos encontrarla. ¿A qué hora quieres que venga a buscarte?

JULIO A la que quieras.

CARL. Bueno; pues ahora descansa un poco. A las doce estará el automóvil frente a la puerta de tu casa...

JULIO Te suplico que no faltes...

DONC. *(A Julio.)* Pero ¿va usted a salir esta noche, señorito? No salga usted; olvide usted a esa Luisa...

JULIO *(Furioso.)* ¿Estás ahí?... ¡Un rayo te coja! *(Amenazándola.)* ¡¡Vete!! *(Vase, pesarosa, la doncella.)*

CARL. En parte tiene razón; yo me encargo de que olvides a Luisa. ¡Verás qué guapa es Leonor! Bueno, chico; hasta luego. *(Yéndose. Desde la puerta.)* Es una rubia Leonor que me gusta mucho. Cuando te canses de ella te la cambiaré por Lulú, que es morena y gitanaza. Adiós.

JULIO *(Suplicante.)* No faltes... *(Vase Carlos.)*

## VIII

JULIO ¡Luisa está en Madrid!... Yo la buscaré con el mismo afán, con la misma ansiedad con que un día la codicié...

# EPISODIO SEGUNDO

Lugar: Una calle céntrica y desierta. Recostada en las horas altas de la noche, la ciudad populosa duerme, y esta rúa, larga y quieta, es como un brazo o una pierna de la gran urbe en reposo. ¡Qué frío tan hondo! Ha nevado mucho. Se anhela, señor, un abrigo para el alma, que se hiela: por ejemplo, el de la sepultura. ¡Una capa de tierra, muy pesada, que aplaste el corazón! Dos o tres faroles a lo largo de la calle, brillan con tibia luz inquietante de fuegos fatuos. Hay una iglesia de amplio portal con escalinata.

## I

*(Dos mendigas: una muy vieja y otra muy joven. La abuela y la nieta. La abuela, bajo la caricia envolvente y misericordiosa de su mantón raído, dormita pegada al portal de la iglesia, mientras la nieta, andrajosa y como de trece años, canturrea e implora limosna, con la mano tendida.)*

NIETA *(Cantando, con voz desgarrante, inarmónica y chillona.)*

Tápame, tápame, tápame,
tápame, tápame, que tengo frío...
¿Cómo quieres que te tape
si yo no soy tu marido?

ABUE. *(A la nieta, empujándola con el cuerpo.)* No cantes más, ¡ilguerito, que la vocecina te tiembla en la garganta, miedosa de salir *juera*... El frío es como un loco *escapao* de los montes, que *too* lo muerde... *Miá* si *pués* dormitar un rato, como tu *agüela*...

NIETA *(Tiembla y se pega a la abuela.)* Hace mucho frío...

ABUE. Pues no cantes más. ¡Ea!... ¿*Pa* qué?... *Toos* los señoritos han *pasao* ya y nadie ha de socorrernos, si no es el sereno que nos dé... con el chuzo, *mesmamente* que la otra noche dióme a mí en estos pechos ya secos, que amantaron hijos que hoy son hombres, o algún señorón que tú despiertes y que nos tire de *arribota* una jofaina de agua *helã*... Calla y duerme...

NIETA *(Mira hacia la esquina izquierda de la calle.)* *Toos* los señoritos aún no han *pasao, agüela.* Por ahí vienen dos...

ABUE. *(Imperiosa, pegándola con el cuerpo.)* Canta... ¡Canta!...

NIETA *(Sumisa.)*

Tápame, tápame, tápame,
tápame, tápame, que tengo frío...

## II

*(Dos señoritos cruzan la calle ligeros, embutidos en magníficos gabanes; llevan alzado el cuello de los abrigos, hasta los ojos casi, y las enguantadas manos en los bolsillos. Mientras dure esta breve escena la nieta no cesa de canturrear.)*

SEÑ. 1.º *(Delante, al señorito 2.º, mientras le señala una esquina de la calle.)* Mira; ahí hay un coche. ¡Corre! *(Se echa a correr.)* ¡Cochero!

SEÑ. 2.º ¡Cochero! ¡Cochero! *(Corre detrás de su amigo.)*

ABUE. ¡Una limosnita, por el amor de Dios! *(Los señoritos se van.)*

## III

ABUE. *(A la nieta.)* ¿*T'han tirao* alguna perra?

NIETA *(Cesando de cantar.)* No, *agüela;* han *pasao* sin mirarnos...

ABUE. Los señoritos no *tien* ojos *pa* ver a las *agüelas tumbás* en los portales, ni a las muchachas feas...

NIETA *(Llorosa.)* Y yo ¿qué he de hacerle, *agüela,* si no han *querío* tirarnos perras? ¡Bien he *cantao* como he *sabío!...* ¿Por qué soy muchachuca fea?...

ABUE. *(Malhumorada.)* ¡Ea!, duerme. *(La nieta calla, reclina la cabeza sobre un hombro de la abuela y cierra los ojos.)*

## IV

*(Entran en la calle, formando dos parejas, Carlos, primero, con Lulú, cogidos del brazo, ebrios los dos, y unos pasos detrás Julio del Campo, ebrio también, con Leonor, en el mismo estado.)*

CARL. *(A Lulú, al oído.)* Oye, Lulú. *(Declama con la natural dificultad grotesca de los beodos.)*

El pecado y la gloria, las mujeres y el vino,
son, en este desierto tan triste de mi vida
los cuatro cardinales puntos de mi destino,
que es el destino incierto de una bala perdida.

LULU *(A Carlos.)* ¡Qué versos más bonitos!... ¿De quién son? ¿De Espronceda?

CARL. *(A Lulú, señalando a Julio con un movimiento de cabeza.)* No. Son de ése...

LULU *(A Carlos, a un oído.)* ¿Verdad que no está loco?

CARL. *(A Lulú.)* ¡Como una cabra!...

LULU Pues si está loco, ¿cómo hace versos tan bonitos?

CARL. Por eso. Porque está loco. *(Siguen hablando en voz baja.)*

LEON. *(A Julio.)* ¿Beberemos *champagne?*... Vamos a beber el *champagne;* en la calle hace mucho frío.

JULIO *(A Leonor, tartamudeante.)* Espera... Beberemos *champagne...,* te besaré en los labios... Luego..., luego...

LEON. Me ha dicho Carlos que eres inmensamente rico... Quiero que me compres otra piel... Di: ¿me comprarás otra piel?...

JULIO Sí; te compraré otra piel... *(Muy galante.)* El dinero, si tuviera alma, se volvería loco de júbilo y de orgullo al traducirse en galas para envolver y acariciar el cuello de una mujer bonita... como tú... Te compraré otra piel y todo lo que tú quieras... *(Lulú se desprende del brazo de Carlos y se encara con Julio bruscamente.)*

LULU *(A Julio.)* Oye tú, poeta: ¿qué endemoniada ocurrencia tuya nos ha traído por estas calles? Yo me hielo de frío... En automóvil se va mejor... *(Carlos, al faltarle el apoyo del brazo de su amiga, se tambalea, tropieza con la abuela y cae al suelo.)*

ABUE. *(Con lastimera y quejumbrosa voz.)* ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!... *(Presentando una mano huesosa, implorante.)* ¡Una limosnita por el amor de Dios!...

CARL. *(Malhumoradísimo, tratando de incorporarse y mostrando sus puños a la abuela con iracundia.)* ¡Vieja bruja! ¡Mal rayo te coja!... ¿Qué tienes que hacer aquí a estas horas?...

LEON.
LULU } ¡Ji! ¡Ji! ¡Ji!...

ABUE. *(Humildosa.)* Perdón, señorito... ¡Una limosnita por el amor de Dios!...

JULIO *(A Carlos, que ha logrado incorporarse.)* ¿Por qué mostraste a la abuela tus puños cerrados?

CARL. *(Con endemoniado humor.)* Porque me hizo tropezar y caer en la nieve... ¿Es razonable que

yo caiga sobre la nieve por culpa de una bruja tan vieja?

NIETA *(Canturrea.)*

Tápame, tápame, tápame,
tápame, tápame, que tengo frío...

CARL. *(Muy enfadado, a la nieta.)* ¿Callarás tú, feúcha?...

ABUE. ¡Una limosnita!...

CARL. *(A la abuela, interrumpiéndola con endiablado humor.)* Y tú también, bruja, ¿callarás? *(Lulú y Leonor siguen riendo a carcajadas. Abuela y nieta enmudecen.)*

JULIO *(A Carlos.)* Escucha, Carlos: no es razonable que amenaces a una mujer anciana...

CARL. Tú tienes la culpa: ¿por qué tu empeño en pasearnos por estas calles? ¡Cualquiera encuentra a la dichosa Luisa a estas horas!

LULU *(A Leonor.)* Busca a otra mujer.

LEON. *(A Lulú.)* Ese loco tiene más dinero que un príncipe... *(Siguen cuchicheando.)*

JULIO *(A Carlos.)* Pues no es razonable que insultes y amenaces a una vieja...

CARL. *(A gritos.)* ¡Dame *champagne,* mujeres bonitas! ¡¡Consejos y reconvenciones, no!!...

JULIO *(Gritando con más fuerza.)* ¡Te digo que no es razonable que insultes y amenaces a una vieja!... ¿Serías capaz de jurarme que esa vieja no ha sido, durante su juventud florida, la amante de tu padre?... *(Rugiente.)* ¡¡Di!!

CARL. *(Bajando el tono de voz.)* ¡Hombre! ¡Pensando de ese modo!...

JULIO Pensando de ese modo, seríamos galantes con todas las mujeres, con las jóvenes y bonitas, porque son bonitas y jóvenes. *(Lulú y Leonor se acercan a oír a Julio y forman grupo los cuatro.)* Y con las viejas, porque además de haber sido jóvenes y bonitas, unen a su adorable condición de mujeres el prestigio aureolante de sus años y de sus méritos... ¿Despreciaríais a un viejo soldado, inútil ya?...

LULU *(A Julio.)* Hablas como un orador... Yo no creo que estés loco...

LEON. *(A Julio.)* Ahora te quiero más...

LULU *(A Carlos, que calla.)* ¿Y tú? ¿Qué dices tú?

CARL. *(Con entusiasmo grotesco.)* Yo digo que ¡bravo!, bravo!... *(Palmotea.)*

ABUE. *(A Julio.)* ¡Una limosnita, por el amor de Dios, señorito!

JULIO Pensando de ese modo, yo no sé lo que haríais los demás. *(Caminando decidido hacia donde está la abuela.)* Yo hago esto. *(Saca la cartera, extrae todos los billetes que guardaba y se los tira a la abuela. Carlos, Lulú y Leonor se contemplan con embobamiento. La abuela y la nieta, radiantes de júbilo, recogen los billetes y se incorporan.)*

NIETA *(A la abuela.)* ¡Billetes, *agüela*, billetes! ¡¡Billetes de Banco!

ABUE. *(Se arrodilla a los pies de Julio y se los quiere besar.)* ¡Señorito, déjeme que yo bese sus manos, sus pies!... ¡¡Señorito bueno!! ¡¡Deje a esta vieja que le bese los pies!! *(Llora y se retuerce de júbilo y emoción. Julio se resiste y la abuela estruja avaramente los billetes que ha cogido ya. La nieta cuenta en voz alta los que tiene y se los va dando a la abuela.)*

NIETA Uno... Dos... Tres... *(Sigue contando hasta cinco.)*

LULU *(A Carlos y Leonor.)* Pues es verdad que está loco...

CARL. ¡Completamente!...

ABUE. *(Arrodillada.)* ¡Déme usted su mano blanca, que yo la bese, señorito santo!

LEON. *(A Julio.)* ¿Cuánto dinero le has dado?

JULIO *(Apartándose de la abuela.)* Todo el que llevaba encima...

LEON. *(Lamentándose.)* ¡Ya no beberemos *champagne* esta noche!

JULIO *(A Leonor.)* Ni te besaré en los labios... *(Amistoso.)* ¡Bah! No hagáis caso... *(Con ironía.)* ¡Una locura más!...

## V

*(Llega una hetera, que viste con modesta elegancia, llamativamente. La abuela y la nieta conversan animadamente, en voz queda.)*

JULIO *(Llamando a la hetera, que intenta atravesar la calle aceleradamente.)* Oiga, joven...

HETER. *(Volviéndose y acercándose a Julio.)* ¿Qué quieres? *(Hablan los dos.)*

NIETA *(A la abuela.)* Agüela, déjeme usted que yo le enseñe dónde tienen camas, *pa* dormir, con sábanas como la nieve de blancas; mi otra *agüela* me llevó una noche a una casa muy grande que yo sé... *(La nieta va arrastrando por la falda a a la abuela, y se retiran.)*

LULU *(A Leonor.)* Bueno: ¿qué hacemos nosotras aquí con un loco? Vámonos...

LEON. *(A Lulú.)* Es verdad; ¿qué hacemos? ¡Ea! ¡Vámonos!... *(Se disponen a marcharse.)*

LULU *(A Carlos.)* ¿Tú te quedas?

CARL. *(Con sarcasmo.)* Perdonad; no llevo suelto. *(Se van Lulú y Leonor.)*

JULIO *(A la hetera, con vivo interés.)* ¡Sí! ¡Luisa!... Una muchacha rubia, alta, guapa... ¿No caes?

HETER. No; no caigo... *(Descaradamente.)* Pero, bueno, ¿te interesa mucho saberlo? *(Carlos se dirige, tambaleándose, hasta el portalón de la iglesia y se deja caer en donde estaba tumbada la abuela.)*

JULIO Sí; me interesa mucho, mucho... Me interesa en el alma...

HETER. Pues entonces sí que caigo...

JULIO *(Con gran júbilo.)* ¿La conoces? ¿Sabes dónde puedo encontrarla? Dime, pronto...

CARL. *(Desde el portal de la iglesia, soliloquiando.)* Me dan ganas de cantar el *tápame, tápame, tápame,* a ver si pasa un loco y me regala mil pesetas...

HETER. *(A Julio, que le ruega con vivísimo interés.)*

¿Es que *t'has figurao* que yo soy un guardia de Orden público? ¡Vamos! ¡Déjame en paz! *(Da media vuelta y trata de retirarse.)*

CARL. *(Desde el portal de la iglesia.)* ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

JULIO *(Deteniendo a la hetera por un brazo.)* No se vaya usted. ¡Dígame usted dónde puedo ver a Luisa!

HETER. *(Con descaro.)* Si tiene tanto interés en saberlo, págame el servicio. *(Le presenta, en ademán pedigüeño, una mano. Julio se lleva la suya a la cartera instintivamente.)*

JULIO *(A la hetera, con desaliento.)* ¡No tengo dinero!...

HETER. *(Volviendo a intentar marcharse; con despectiva voz.)* Pues si no tienes dinero, ¿por qué me molestas? *(Julio y la hetera forcejean, mientras Carlos dormita, ebrio, en el portal de la iglesia.*

## VI

*(Vuelve la nieta, que arrastra por la falda a la abuela.)*

NIETA *(A Julio del Campo.)* ¿Verdad que no son falsos los billetes, señorito?... Dice mi *agüela* que deben ser falsos...

JULIO *(Abandonando a la hetera y corriendo hacia la abuela con la mano extendida, como un mendigo.)* Nó; son buenos... Abuela, déme usted un billete. *(La abuela mira a Julio espantada y tira de la nieta.)* ¡Uno solo! *(Julio cae de rodillas, implorante, a los pies de la vieja.)* ¡Por caridad! ¡¡Déme usted un billete!!

ABUE. *(Huyendo y arrastrando a la nieta.)* ¡Es un loco! ¡Es un loco! *(Se van.)*

## VII

*(La hetera contempla a Julio arrodillado, con un poco de compasión en su alma de pecadora y con mucho desdén en su gesto.)*

HETER. *(Soliloquiando.)* ¡Un loco! ¡¡Pobrecillo!!... ¡Bah! Le contestaré a lo que me pregunta con tanto interés. ¿Qué me cuesta? *(Dirigiéndose a Julio, que llama a la abuela de rodillas.)* ¡Eh, eh, pollo!

JULIO ¡Ah!...

HETER. *(Yéndose.)* Esa Luisa, por la que me preguntas, está...

JULIO *(Con ansiedad.)* ¿Dónde? ¿Dónde?

HETER. *(Desde el extremo de la calle.)* En el hospital. ¡Adiós! *(Se va.)*

JULIO *(Cayendo al suelo, vencido, con la cara oculta entre las manos.)* ¡¡¡Dios mío!!! *(Llora terriblemente.)*

## VIII

*(Carlos se levanta costosamente y se acerca, tambaleándose, a Julio. Le ayuda a incorporarse.)*

CARL. *(A Julio, mientras le ayuda.)* Julio... Vamos, Julio... ¿Por qué lloras ahora? Eres un chiquillo... No puedes beber. *Tienes un vino* fatal: te da por llorar como una criatura... ¡Ea, vamos!

JULIO *(Incorporado.)* ¿Adónde?

CARL. Eso digo yo: ¿adónde? Has dado a una bruja todo el dinero que llevábamos encima... *(Transición.)* Te acompañaré a tu casa; te dejaré en la cama.

JULIO *(A gritos.)* ¡No! ¡No!... *(Transición.)* No llevo dinero encima; pero ¿qué me importa? Me llamo Julio del Campo... *(Variando con frecuencia el*

*tono de voz.)* ¡A mi casa, no!... Vamos, vamos a un cabaret, a un burdel...

CARL. *(Cariñoso.)* Pero Julio, ¿estás loco? Tú te quieres matar...

JULIO *(A gritos, riendo con risa de enfermo.)* ¡A un cabaret! ¡A un burdel!... ¡¡Quiero gozar!! ¡¡Quiero beber!!... *(Carlos arrastra en brazos a Julio, intentando llevárselo. Julio se resiste. Avanzan y retroceden. Julio, más borracho de melancolía que de vino, ríe, llora, gesticula, grita y baja la voz según convenga durante la recitación del siguiente parlamento, que ha de decir con exaltación suprema, mientras se retira, arrastrado por Carlos.)*

JULIO ¡Vino, mujeres!... Oye, Carlos, oye:
El pecado y la gloria, las mujeres y el vino,
son, en este desierto tan triste de mi vida,
los cuatro cardinales puntos de mi destino,
que es el destino incierto de una bala perdida...
No sé de dónde vengo, ni hacia dónde camino...
¡Enigma indescifrable de broma tan pesada:
natividad y muerte!
¿He de volver al todo? ¿He de hundirme en la [nada?
¡Oh, cruel incertidumbre de esta insegura suerte!
Son únicas verdades estas cuatro verdades:
el pecado y el vino, la mujer y la gloria...
Porque son tan amargas las otras realidades
de la vida, debemos olvidar su memoria...
*(Carlos cesa un momento en su empeño de llevarse a Julio, por prestar atención a los versos que que oye decir. La exaltación sentimental de Julio sube de punto durante el recitado de los versos sucesivos.)*
Creo que las mujeres son lo mismo que flores,
que nos brindan sus copas fragantes de placeres.
¡Quiero beber el néctar de todos los amores!
¡Quiero besar la boca de todas las mujeres!
¡Quiero mascar las rosas ardientes de sus pechos
con santa devoción!
¡¡Quiero dejar mi sangre y mi vida en los lechos
calumniados y amables de la prostitución!!

*(Llegan rameras y hampones, que se detienen detrás de Julio y Carlos y comentan en voz baja la extraña escena.)*

Y creo en el pecado y en el vino también.
Borracho y pecador, me parece un edén
esta vida.
Sólo si me emborracho, me besa mi querida:
la ilusión;
y sólo cuando peco siento consolación...

*(Del grupo ya nutrido que forman hampones y rameras salen aplausos y bravos chanceadores que irritan a Carlos. Julio quiere seguir recitando, pero Carlos no le deja y se lo lleva a viva fuerza.)*

CARL. *(Enérgico.)* Estamos haciendo el ridículo. Vámonos. Vámonos...

JULIO *(Riendo a carcajadas, mientras es arrastrado por Carlos.)* Pero a casa, no... A un cabaret que yo sé... A beber, a gozar... *(Rameras y hampones ríen escandalosamente. Julio y Carlos desaparecen.)*

# EPISODIO TERCERO

Lugar: El despacho del director de un hospital para pecadoras enfermas. Distribuídos en las paredes varios cuadros religiosos, un reloj grande rectangular y un almanaque. Puertas a la derecha y a la izquierda. Al fondo un balcón cerrado que da a un jardín.

## I

*(Entra en el despacho la Hermana Dolores, toda llena de gracia mística, las manos recogidas en las amplias mangas del hábito monjil. Camina con lentitud; deposita sobre la mesa escritorio, que ha de haber en el centro del fondo, ante el balcón, un rollito de papeles, que guardaba en el interior de una manga; llega después hasta el balcón, cuyas vidrieras esmeriladas abre de par en par. Y ahora la luz del día triunfa: el sol penetra en el despacho a brazadas. Son poco más de las nueve de la mañana... La dulce monjita arranca del almanaque de la pared la hoja del día y lee en el reverso.)*

H. DOL. *(Leyendo con infinita dulzura.)*

¡Oh, cuán larga es esta vida!
¡Cuán duros estos destierros,
esta cárcel y estos hierros
en que el alma está metida!

*(Entra por la puerta de la derecha la Hermana Marta, que es fámula; empuña la escoba para barrer el despacho. Observa con mudo embobamiento a la Hermana Dolores, la cual sigue la lectura de los versos de Santa Teresa, ajena en su éxtasis a la observación de que es objeto por parte de su compañera.)*

H. DOL. *(Con encendido fervor, como si orase.)*

¡Sólo esperar la salida
me causa un dolor tan fiero,
que muero porque no muero!...

H. MA. *(Que comienza a barrer el despacho.)* La afición a las lecturas os tienta como un terco demonio, hermana Dolores... *(La Hermana Dolores muéstrase un poco sorprendida, ruborizándose.)* Bien sé yo que es privilegio, y muy grande, saber de letras, para entender lo que dicen los libros de oraciones y meditaciones; pero es triste cosa emplear tanta sabiduría en comprender la voz profana de las hojas de los almanaques.

H. DOL. No es voz profana la de Santa Teresa de Jesús, hermana Marta. Suyos son estos versos que yo leía. Y rezaba ahora, sólo porque los leía...

H. MA. *(Que cesa de barrer un momento; muy alarmada.)* ¿De Santa Teresa de Jesús, dijo mi hermana Dodolores? *(Deja caer la escoba y junta las manos.)* ¡Oh, torpeza mía imperdonable! *(Mientras recoge la escoba.)* Sabe el cielo que no estuvo en mi ánimo la intención de reprenderos. Yo soy una pobre fámula... ¡Ah, desdichada de mí, que no adiviné la santidad de esos decires sonoros que vos decíais!... ¿Habré pecado, hermana Dolores? Decidme, por Dios, ¿habré pecado?...

H. DOL. ¿Por qué habéis de haber pecado, si no entendísteis?... *(La Hermana Marta se tranquiliza.)* El pecado, hermana Marta, es un reptil ponzoñoso que brinca del entendimiento para envenenar nuestra vida.

H. MA. *(Con alegría infantil.)* ¿Así que yo no he pecado?... ¡Oh! ¡Dios sea bendito!... *(Vuelve a barrer.)* ¿Y decíais que eran de Santa Teresa de Jesús los versos que leíais? ¡Así son de hermosos!

H. DOL. ¿Los oísteis?

H. MA. Algo de ellos oí: lo de un «fiero dolor»..., lo de «morirse»... La muerte es lo mejor de todo lo de este mundo, porque el alma queda en libertad y vuela, como una paloma, al lado de Dios, que nos espera...

H. DOL. La muerte es resurrección y es gloria, cuando se ama como amáis vos, hermana Marta.

H. MA. Y como vos amáis, hermana Dolores. El ver-

dadero amor es éste que nosotras profesamos. Mezquinos amores son los otros amores. ¿No digo yo verdad ahora, hermana Dolores?

H. DOL. No decís verdad; no decís verdad. Porque hay dos amores igualmente verdaderos y santos: éste que ahora sentimos y el que sentíamos antes de ahora; amor divino y amor profano...

H. MA. Nunca sentí yo el amor profano, que es frágil y pecaminoso...

H. DOL. Tan santo como el amor divino es el amor profano. Por el amor divino comprendemos y deseamos el bien de la muerte, que es una de las dos principales glorias del Altísimo; y por el amor profano comprendemos y deseamos el bien de la vida, que es la otra de esas dos grandes glorias... Vos no sabéis lo que es el amor profano, porque jamás floreció en vuestro corazón. Tan duradero es como el otro amor; que si el divino perdura por los siglos de los siglos, cada momento de amor profano es una eternidad, que se goza o se sufre en el círculo de un minuto. Y cada eternidad lo es de dicha, hasta cuando lo es de sufrimiento, que Amor hace el milagro portentoso de trocar en caricias los zarpazos desgarrantes. Un corazón enamorado, que gotea sangre, es como un encendido manantial de rubíes. ¡¡Dichosa el alma que sabe saborear las tremendas y codiciables voluptuosidades de ese dulce y terrible tormento del profano amor, porque de ella es, aquí en la tierra, el reino de los cielos!...

H. MA. Yo no os entiendo, hermana Dolores; pero creo que decís pecado.

H. DOL. Pecado diríais vos si me entendiéseis y hablaseis así. *(Transición.)* ¡Santa cosa es el amor, que hablar de amores es como rezar plegarias! Y tener el corazón atravesado por las espadas del amor es de tanto mérito a los ojos del Altísimo, que el alma queda purificada y limpia como la de un santo mártir glorioso... Pero vos, hermana Marta, no me comprenderéis ahora, porque no habéis amado como yo amé, como yo amo...

H. MA. ¿Decís que amais?
H. DOL. ¡Con toda el alma!
H. MA. ¿A Dios?
H. DOL. Y a un hombre.
H. MA. *(Escandalizada.)* ¡Oh!
H. DOL. A un hombre que no me ama... Es pálido como una aparición, y en la noche de sus ojos hundidos brillan como estrellas inquietantes las más sugestivas tentaciones satánicas. *(A la hermana Marta al oído.)* Se llama Julio del Campo. ¿Os gusta el nombre?
H. MA. ¿Y cómo podéis amor a Dios amando tanto a un hombre?
H. DOL. Yo amo a Dios con más mérito, hermana. Porque ese hombre no me ama, profesé en nuestra Orden. Y llevaré al cielo dos lirios blancos: el de mi virginidad corporal y el de este amor que siento, tan hondo como espada de María, y que vale tanto como una virginidad espiritual... *(Absorta, en soliloquio.)* ¡¡Llevaré al cielo dos lirios blancos!! ¡¡¡Llevaré al cielo dos virginidades!!
H. MA. Decís... *(Transición.)* Silencio. El señor director... *(La hermana Marta se retira, barriendo, por la puerta de la derecha, que es por la que entra seguidamente el Director, de uniforme. La hermana Dolores habrá empuñado el plumero, que estaba colgado en un ángulo de paredes, y desempolva la mesa, los papeles, los cuadros...*

## II

*(El Director entra, precipitado, y se sienta en torno a la mesa de despacho; desenrrolla el rollito de papeles que depositó sobre la mesa la hermana Dolores y pregunta:)*
DIREC. *(Mientras se frota las manos.)* ¿Son éstas todas las altas de hoy?...
H. DOL. Todas, señor director... *(El Director firma una tras otras, seguidamente, todas las altas.)*
DIREC. *(Después de firmarlas, runruneante.)* María...

Teresa... Matilde... Gloria... Mercedes... *(Parando su atención en este nombre.)* Mercedes Góngora... *(A la hermana Dolores.)* Esta Mercedes Góngora ¿está curada completamente?

H. DOL. Debe de estarlo, señor director. El médico de su sala le ha dado el alta hoy...

DIREC. Sí, sí... Pero esta Mercedes Góngora, ¿no es aquella que...?

H. DOL. *(Interrumpiéndole.)* ¿La que promovió aquel alboroto? Sí, la misma. Pero ¡bah! ya sufrió el el castigo correspondiente. Ocho días permaneció la pobre aislada de las demás, en un cuarto del depósito de cadáveres...

DIREC. *(Severo.)* Sí, sí... Está bien... ¿Y dice usted que está completamente curada? ¿Que el médico le ha concedido hoy el alta?

H. DOL. Sí, señor director... *(El Director medita unos segundos.)*

DIREC. Bueno. No importa. Esta Mercedes Góngora que continúe aquí cuatro días más. *(Rasga el alta.)* Tenga usted, hermana Dolores. *(Le entrega las otras altas.)* Estas altas están despachadas. *(La hermana Dolores quédase indecisa.)*

## III

ENFER. *(Entrando un enfermero por la puerta de la izquierda.)* ¿Se puede pasar, señor director?

DIREC. *(A la hermana Dolores.)* Le digo a usted, hermana Dolores, que estas altas están despachadas. *(Al enfermero.)* Adelante. ¿Qué hay?

ENFER. *(Visiblemente consternado.)* Unos hombretones acaban de llegar a la portería del Hospital, señor director; traen en sus brazos a una mujer anciana, demacrada y seca como un cadáver...

DIREC. *(Interrumpiendo.)* ¿A este Hospital?

ENFER. La pobriña se muere por segundos y dicen los hombretones que la traen en sus brazos que es de frío y de hambre. Tumbá la encontraron junto a un portal y por caridad la trajeron.

DIREC. Pero ¿a este Hospital?

H. DOL. Al primero que encontraron, señor director.

DIREC. *(A la hermana Dolores.)* Le he dicho a usted, hermana Dolores, que esas altas están despachadas.

ENFER. *(Al Director.)* La pobriña se muere, señor director; ¿qué hacemos?

DIREC. No hay camas; que digan que no hay camas... ¿Qué voy a hacerle yo?

ENFER. Es que...

DIREC. *(Autoritario.)* Silencio... *(El enfermero se retira humillado.)* ¿Querrás darme a mí lecciones de cristianismo, barbarote?

## IV

DIREC. *(A la hermana Dolores.)* Este Hospital no es para las ancianas que de hambre y de frío se mueren. ¡Estaríamos arreglados si recogiésemos a todas las que pretenden ser recogidas! ¿No hay asilos? ¿No hay otros hospitales para ellas? ¡Malditos inviernos!

H. DOL. Sí, hay asilos y hospitales. Y hay también mucha caridad; pero las viejas se mueren de frío en las calles... En este tiempo tan inclemente del invierno suelen estar cubiertas todas las plazas. La caridad, señor director, aconseja...

DIREC. *Interrumpiendo.)* ¡Bah! ¡Bah! Mi norma es el deber. ¿Tengo yo el deber de recoger en mi hospital para pecadoras enfermas a una honrada ancianita que sufre frío y padece hambre?

H. DOL. Sí.

DIREC. No... *(Transición.)* Además, no quedan camas. ¿Qué cama quería usted que yo le diese? ¿La de usted? ¿La mía?

H. DOL. Si fuera necesario, ¡claro que sí!... Pero no es necesario. Podría usted darle la cama de esa Mercedes Góngora, que está completamente buena y ha sido dada de alta.

DIREC. *(Enérgico.)* ¡Le he dicho a usted, hermana Dolores, que esas altas que usted lleva están despachadas. *(La hermana Dolores se retira abatida,*

*triste, llorosa, por la puerta de la derecha. El Director repasa un momento, con escrupulosa atención, cual cumple a un fiel observador de los deberes de su cargo, las libretas del servicio del establecimiento. Estudiando alguna cuenta.)* Pesetas ciento treinta y ocho con sesenta y dos... Ciento treinta y ocho con sesenta y dos... Aquí debe haber algún error... ¡Ah! No; ya comprendo... El extraordinario del jueves... ¡¡Claro!!

JULIO *(Aparece por la puerta de la izquierda, con huellas muy acusadas en el semblante de enfermedad.)* ¿Con su permiso?

DIREC. Pase. Adelante.

JULIO *(Con voz de fatiga, igual que en los sucesivos parlamentos.)* ¿El señor director?

DIREC. Yo soy. ¿Qué desea usted?

JULIO Perdóneme. Le he interrumpido... ¿Usted no me conoce, señor director?

DIREC. No tengo el gusto.

JULIO Me llamo Julio del Campo.

DIREC. *(Se pone de pie rápido; da visibles muestras de satisfacción.)* ¡Oh! ¡Julio del Campo! Sí, señor, sí. ¡El literato eminente! Yo he leído muchas páginas de usted... Siéntese, siéntese. *(Le invita a sentarse.)* Julio del Campo. ¡Oh! ¡Ya lo creo!... Y dígame, ¿a qué debo el honor de su visita?... *(Se sienta también.)*

JULIO Vuelvo a suplicarle que me perdone... Estaba usted trabajando y le he interrumpido...

DIREC. ¡Bah! No tiene importancia... Me entretenía en revisar estas cuentas del administrador... Encontraba aquí *(Señala la libreta.)* un superávit debido a la comida extraordinaria que mandé servir el jueves a las enfermitas. Yo quiero mucho a mis enfermitas. Me place obsequiarlas de cuando en cuando con una comida extraordinaria. Pero dígame: ¿en qué puedo servirle?

JULIO En mucho, señor director. ¿Usted sería tan bondadoso que me permitiese hablar unos instantes a solas con una mujer que está aquí, en este hospital, enferma?

DIREC. Con sumo gusto. ¿Cómo se llama?

JULIO Luisa Sánchez. *(El Director coge un ligro, lo abre y lo revisa ligeramente.)*

DIREC. ¿Ha dicho usted Luisa Sánchez?

JULIO Sí.

DIREC. *(Leyendo.)* Carmen... Elisa... Hum..., hum..., hum... Luisa. Luisa Sánchez. Sí, en efecto. Está en este hospital. Luisa Sánchez... *(A Julio.)* Ocupa la cama número 22 de la sala del Sagrado Corazón de María. Puede venir aquí. ¿Desea usted entrevistarse aquí?

JULIO Donde usted ordene, director.

DIREC. Pues aquí. Les dejo mi despacho... Mandaré que la llamen. *(Hace sonar un timbre.)*

JULIO ¡Oh! ¡Gracias! ¡Gracias!

DIREC. Le complazco gustosísimo. Soy un admirador muy ferviente de su prosa.

## V

H. MA. *(Aparece por la puerta de la derecha.)* ¿Llamaba el señor director?

DIREC. Sí, hermana Marta. Hágame el obsequio de ordenar al número 22 de la sala del Corazón de María que venga. En seguida. Le he concedido una visita extraordinaria con este caballero...

H. MA. Voy al momento, señor director... *(Se va.)*

## VI

*(Ambos permanecen unos segundos silenciosos. El Director reanuda, al fin, la conversación.)*

DIREC. Le decía que soy un admirador ferviente de usted. Me encanta su manera de escribir... *(Julio preocupado, no le atiende.)* ¿Quiere usted liar un cigarrillo? *(El director saca la petaca del bolsillo y ofrece a Julio un cigarro.)* Tenga; líe usted un cigarrillo...

JULIO *(Aceptándole.)* Gracias. *(Al reliarlo, le tiemblan los dedos dolorosa y excesivamente.)*

DIREC. Son muy sentimentales las páginas que usted escribe, y a mí todo lo sentimental me interesa... *(Enciende una cerilla.)*

JULIO *(Distraído.)* ¿Qué?...*(Pidiéndole la cerilla.)* ¿Me hace el obsequio?

DIREC. *(Ofreciéndole la cerilla, que Julio toma con gran temblor en la mano.)* Le decía que todo lo sentimental me interesa... *(Presta atención a pasos que suenan dentro.)* Ya debe llegar la enfermita. *(Se levanta.)* Yo les dejaré solos. *(Yéndose.)* Pueden ustedes hablar lo que les venga en gana. Les dejo mi despacho. *(Se va por la puerta de la izquierda. Desde la misma puerta.)* Adiós.

## VII

*(Julio volverá la cabeza con viva ansiedad hacia la parte donde suenan los pasos, sin preocuparse del director, que acaba de despedirse de él; poco a poco, muy costosamente, se irá incorporando de la butaca donde está sentado, de modo que cuando entre Luisa se encuentre él de pie, frente a ella. Luisa ha de entrar decidida, gozosa, como si esperase recibir la grata sorpresa de la visita de un amigo. Vestirá uniforme severo.*

JULIO ¡Luisa! *(Tartamudeante.)* ¿Me recuerdas, Luisa? *(La impresión recibida por Julio ha sido fuerte y seca como un mazazo certero. Julio queda como aplastado.)*

LUISA *(Muy sonriente, con satisfacción muy viva.)* ¡¡Caramba, Julio del Campo!! ¡¡Qué satisfacción!! *(Ambos se miran a los ojos con interés, fijamente.*

JULIO *(Con torpeza.)* Yo... *(Transición.)* ¿Por qué no te sien... tas, Luisa? *(Le invita a sentarse.)*

LUISA ¿Por qué no?... Siéntate tú también. *(Julio quiequiere sentarse y la voluntad le flaquea.)*

JULIO Sí; yo... tam... bién.

LUISA *(Con indiferencia.)* ¿No puedes sentarte? Yo te ayudaré. *(Le ayuda.)* ¿Estás enfermo?

JULIO Sí...

LUISA Tiemblas mucho... Estás pálido... *(Transición.)* Oye, Julio, ¿por qué te has acordado de mí? ¡Después de tanto tiempo!... *(Suave y fríamente reprochante.)* ¡¡Qué ingrato has sido conmigo!! *(Julio se encorva, sentado; apoya su cabeza sobre las rodillas y gime en silencio.)*

JULIO *(Con lloriqueante voz.)* Yo ven... go... a... pe... dirte... perdón.

LUISA *(Significando extrañeza.)* ¿A mí? *(Julio levanta bruscamente la cabeza, como herido de un pinchazo, y clava sus ojos de enfermo en la mirada de Luisa.)*

JULIO *(Esforzándose por gritar, sin conseguirlo.)* ¿Cómo *a mí?* ¿Qué es eso de *a mí?*... *(Transición.)* ¿No te acuer... das..., Lui... sa? ¿Te has olvi... da... do... de... Ju... lio?

LUISA *(Con un poco de alarma.)* No, no me he olvidado... *(Julio sonríe y toma una mano de Luisa; ésta se tranquiliza y habla con soltura y desparpajo.)* Todo lo contrario: he hablado muchas veces de ti a un amigo mío que lo es también tuyo.

JULIO ¿Quién es?

LUISA Carlos. ¿No conoces a Carlos?

JULIO *(Riendo melancólocamente.)* Sí... *(Aparte.)* ¡Canalla!

LUISA Siempre que me visitaba, por ti le preguntaba yo. Me decía...

JULIO *(Interrumpiendo.)* ¿Qué? ¿Qué te decía?

LUISA ¡Oh!, tonto. Yo jamás le creí... Me decía que estabas loco...

JULIO ¿Y dices que no le creíste jamás?

LUISA ¡Claro que no, hombre! Si le hubiera creído, no estaría contigo ahora... Los locos me causan un espanto horroroso. No puedo evitarlo... *(Transición.)* Pero dime, Julio: ¿a qué se debe esta agradable visita que me haces? ¡¡Después de tanto tiempo!!...

JULIO *(Avergonzado.)* Es ver... dad; es ver... dad... *(Transición.)* Pues oye, Lui... sa. Vengo pa... ra cumplir contigo un de... ber sa... gra... do, que yo tenía olvi... da... do ya... Yo he sido

malo con... ti... go; yo tengo la culpa de que tú es... tés aquí, en esta casa de... ni... grante. Mi en... ferme... dad, castigo del cielo es. *(Se incorpora de la butaca costosamente y cae de rodillas a los pies de Luisa.)* Perdóname, Lui... sa. ¡Quie... ro ser bue... no! *(Luisa se levanta bruscamente de la butaca, con una vaga pincelada de terror en el semblante, y mira a Julio hondamente, insistentemente.)*

LUISA ¿Qué quieres decirme? Tú eres rico y ocupas una excelente posición social... Enfermo y todo, puedes encontrar una mujer pura y hermosa, y adinerada y joven... ¿Qué quieres decirme?

JULIO Quiero de... cir... te *(Se va incorporando del suelo con dificultad, tambaleándose.)*, quiero de... cir... te... *(Se aproxima a Luisa, la cual intenta separarse disimuladamente.)*

LUISA *(Aparte.)* ¿Estará loco? *(A Julio.)* Yo soy una pobre mujer enfangada en el vicio. El estigma imborrable de una hedionda enfermedad me mancha la carne... ¿Puedes quererme bien si no estás loco?...

JULIO *(Sin querer oírla, con voz de angustia, muy honda.)* Quiero de... cir... te... que... que... que... he de... ci... dido hacerte mi espo... sa... *(Julio y Luisa siguen mirándose con muda insistencia; Julio empieza a sonreír con su alelada sonrisa; el espanto empieza a apoderarse de Luisa, y en su rostro resplandece en una llamarada de estupor. Julio quiere abrazar a Luisa y casi lo consigue. Pero bruscamente se desprende ésta con violencia de los brazos de aquél y huye por la puerta de la derecha, poseída de un terror supremo.)*

LUISA *(Huyendo.)* ¡Socorro! ¡Socorro!... ¡Un loco!... ¡Un loco! *(Julio ha caído al suelo, y, en vano, lucha por incorporarse. A los gritos de Luisa acude la hermana Dolores, la cual tropieza en la puerta con la enferma fugitiva y aterrada.)*

## VIII

H. DOL. *(Entra aceleradamente.)* ¿Qué ocurre? *(Se oyen los gritos de terror de Luisa, que alborota todo el hospital: ¡Un loco! ¡Un loco!)*

JULIO *(Revolcándose en el suelo, con risa de enajenado.)* ¡¡Yo quie... ro... ser... bue... no!!... *(La hermana Dolores acude a prestar auxilio a Julio y, al reconocerle, lanza un grito de tremenda sorpresa y se arrodilla junto al desgraciado enfermo.)*

H. DOL. ¡Julio! *(Le levanta un poco por el cuerpo con sus escasas fuerzas.)*

JULIO *(Mirando a la hermana Dolores, con su risa de demente.)* ¡Dolores!... Tú eres Do... lores. *(En la fatiga del ataque.)* Per... dó... name... *(Convulso.)* No quiero morirme... Ya no que... rré más a Lui... sa; te que... rré a ti... ¡No quie... ro morir... me!... Reza tú, que eres santa, para que no me muera. *(Estas últimas palabras, con voz muy débil y rota. A la puerta de la derecha han llegado varias pecadoras enfermas, uniformadas, que se apiñan, mudas, encogidas por el miedo. Delante de ellas, la hermana Marta.)*

H. DOL. *(Orando con gran fervor.)* ¡Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea el tu nombre! *(Las pecadoras, aterradas y conmovidas, caen de rodillas y rezan también en alta voz. Julio se agita y retuerce, en larga y terrible agonía, hasta expirar en brazos de la santa hermana Dolores.)*

H. DOL. *(Con terrible consternación.)* ¡¡¡Muerto!!! *(Le besa en la boca apretadamente, largamente.)*

H. MA. *(Persignándose, escandalizada, boba.)* ¡¡¡Le besa en la boca!!!... *(Sigue oyéndose la voz aterrada de Luisa, que grita por las galerías: ¡Un loco! ¡Un loco!)*

PECA. *(Rezando en alta voz.)* ... y hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo.

TELÓN

PM